

ROSALÍA DE CASTRO, ¿PRECURSORA DE 'LOS MODERNOS'?

RICHARD A. CARDWELL
The University of Nottingham

“Sin antecedentes en nuestra lírica clásica, sin continuadores en nuestra lírica contemporánea, Rosalía de Castro nos aparece aislada: un caso aparte”. Así comentó Luis Cernuda en 1957 (1). No obstante, otros críticos han señalado el elemento precursor de la obra rosaliana. Enrique Díez-Canedo, escribiendo en 1911, se destaca entre los primeros en describir a la poetisa como “precursora” en la literatura finisecular (2). Un año más tarde Azorín reiteró el punto de vista de que fue “indiscutiblemente el precursor de la admirable pléyade de lírica actual” (3). Después, a lo largo de los años, repitió esta declaración y ayudó a fomentar una revaloración de *En las orillas del Sar* (4). Jiménez la juzgó uno de los más significativos precursores del modernismo y su obra temprana se veía influida por la gallega (5). Aún Unamuno, archienemigo del modernismo estético, la ensalzó (6). En la crítica contemporánea se ha confirmado lo precursora que fue Rosalía (7). Desafortunadamente los estudios más recientes no han investigado la relación entre las dos revoluciones poéticas —la de los años 1860 y la finisecular— sobre bases adecuadas limitándose a semejanzas superficiales de métrica, ecos verbales y temáticos, paisaje, etc. También

(1) L. Cernuda, *Poesía española contemporánea*, Guadarrama, Madrid, 1957, p. 69.

(2) E. Díez-Canedo, “Una precursora”, *Obras de Rosalía de Castro*, Madrid, 1911, III, 223-229.

(3) Véase X. Alonso Montero, *Azorín, Rosalía de Castro y otros motivos gallegos*, Lugo, 1973, p. 18.

(4) *Ibid.*, p. 36.

(5) Juan Ramón Jiménez, *Españoles de tres mundos*, Aguilar, Madrid, 1969, p. 90; *El modernismo (notas de un curso 1953)*, Aguilar, México, 1962. Sobre la influencia de Rosalía véase mi libro, *Juan R. Jiménez: The Modernist Apprenticeship*, Colloquium Verlag, Berlin, 1977.

(6) M. de Unamuno, *Obras completas*, Escelicer, Madrid, 1966-71, I, 548-551; VII, 815-816; *Andanzas y visiones de España*, Madrid, 1922, p. 64.

(7) Véase por ejemplo: M. de Montoliú, *Manual de historia de la literatura castellana*, Barcelona, 1974, p. 848; José Luis Cano, *Poesía española siglo XX*, Guadarrama, Madrid, 1960, pp. 103-107; R. Carballo Calero, “Machado desde Rosalía”, *Insula*, 212-213 (1964), p. 12; B. Ciplijauskaitė, *El poeta y la poesía*, Insula, Madrid, 1966; J. Gómez Paz, “Rubén Darío y Rosalía de Castro”, *Asomante*, 2 (1967), pp. 44-49; R. Lapesa, “Bécquer, Rosalía y Machado”, *De la edad media a nuestros días*, Madrid, 1967, pp. 300-306; R. Fernández Retamar, “Modernismo, noventaiocho, subdesarrollo”, *Universidad de Habana*, 33 (1969), pp. 11-17. El estudio más amplio en cuestión de afinidades se hallará en E. Suárez Rivero, “Machado y Rosalía —dos almas gemelas”. *Hispania*, 49 (1966), pp. 748-754.

una investigación apropiada tendrá que descartar el concepto erróneo de que existían en el fin de siglo dos grupos: modernismo y noventayocho. Esta distinción empezó en 1910 en un ensayo de Azorín y continuó más tarde en la crítica de Valbuena Prat, Salinas y Jeschke desarrollándose hasta su punto máximo en el estudio de título apropiado, *Modernismo frente a noventayocho* (Madrid, 1951) de Díaz-Plaja. La crítica se ha detenido casi exclusivamente en el modernismo; por eso la concentración en Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón y sobre influencias estéticas y prosódicas. Sin embargo, como hemos visto, tanto Unamuno como Azorín, normalmente clasificados en el grupo opuesto, se vieron entre los primeros elogiadores de Rosalía, el primero en 1903, el segundo en 1912. ¿Cómo explicar el hecho de que estos escritores pertenecientes —según la crítica— a dos grupos, en las palabras de Díaz-Plaja, de “una radicalmente opuesta actitud ante la vida y el arte” (p. 108), sintieran tan grande afinidad para con la poetisa gallega? Y cuando Ortega, quizás el intelectual más destacado entre “los modernos” (discrepo en admitir dos grupos como he señalado en otra parte (8)), decía, al hablar de parte de los jóvenes radicales de la época de revolución después de 1898 y la derrota del marasmo de la Restauración, que “los hombres de escudo blanco sentimos mayor afinidad con los hombres de 60 que con los restauradores” (9), tenemos que poner toda la cuestión de influencia en tela de juicio e investigarla sobre nuevas bases y según nuevas pautas. En esta afirmación, me permito decir, Ortega habló por toda su generación. E. Suárez Rivero, más recientemente (en 1966), subrayó una afinidad tanto espiritual como en la forma (ver nota 7) pero la cuestión trasciende cuestiones estéticas y de temperamento. Sabemos, gracias al excelente estudio de Catherine Davies (10), que la revolución en la retórica de Rosalía no fue un disentimiento juvenil sino la expresión de un punto de vista vital fundamentalmente distinto del que se ensalzó en la corte. De manera análoga fue la revolución lingüística de “los modernos” finiseculares. Las obras tempranas de Rosalía y estos autores fueron rebeldes, marginales y antagonistas a la cultura imperante. De aquí la campaña en contra y el vilipendio de Rosalía después de 1874 y aún más después de su muerte por la Pardo Bazán, Valera, Menéndez y Pelayo y otros (11). De aquí también, dos lustros más tarde, el ataque enconado en contra

(8) Véase, por ejemplo, mi libro citado arriba y mis siguientes estudios: “Juan Ramón Jiménez ¿noventayochista?”, *CHA*, 376-78 (1981), pp. 336-355; “‘Modernismo frente a noventa y ocho’: The Case of Juan Ramón Jiménez (1899-1909), apud P. Gómez Bedate (ed.), *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Mayagüez, Puerto Rico, 1981, pp. 119-141; “Myths Ancient and Modern: *Modernismo frente a noventayocho* and the Search for Spain”, en *Essays in Honour of Robert Brian Tate from his Colleagues and Pupils*, Nottingham, 1984, pp. 9-21; ‘Juan Ramón, Ortega y los intelectuales’, *Hispanic Review*, 53 (1985), pp. 329-350.

(9) Citado en A. Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid, 1973, p. 107. Ver también el comentario de G. Martínez Sierra donde los escritores de la Restauración: “La sangre nueva de los recién nacidos para el arte, no pudo hallar en sus predecesores inmediatos maestros a quienes respetar” (1906), *Motivos*, Madrid, 1920, p. 88.

(10) C. Davies, *Rosalía de Castro and her work in Relationship to the Society and Culture of Nineteenth-Century Spain*, Doctoral Thesis, University of Glasgow, 1984.

(11) Véase la tesis de C. Davies y su artículo “Rosalía de Castro’s Later Poetry and Anti-Regionalism in Spain”, *MLR*, 79 (1984), pp. 609-619.

de "los modernos" por Ferrari, discípulo del reaccionario Núñez de Arce, los críticos de *Gedéon* y *Gente Vieja* y Antonio de Valbuena (12). Los móviles de su crítica no se fundaron en cuestiones estéticas sino en diferentes actitudes ideológicas y políticas. Rosalía y Murguía se adhirieron al regionalismo gallego y propusieron, después de la revolución frustrada de 1854, una alternativa liberal y democrática (con filia-ciones republicanas). El resultado de esta propaganda por parte de los partidarios de este progresismo fue primero la revolución de 1868 y, luego, la posible descentraliza-ción de España y el establecimiento de una auténtica autonomía para Galicia. Desde el centro se les opusieron las oligarquías de la Restauración y el *statu quo*. Casi toda la crítica de la Restauración atacó no solamente los valores literarios y estéticos ex-presados en las obras en lengua gallega de Rosalía sino también notamos un ataque implícito (y a veces abierto) sobre su ideología. Esta crítica representó la obra ro-saliana como una cultura (y así una socio-política) marginada. Solamente tres meses después de la muerte de Rosalía, en un supuesto homenaje celebrado en el Círculo de Artesanos de La Coruña, Emilia Pardo Bazán habló, en tono abierto de desestima-ción cultural e ideológica, rechazando sus *Cantares gallegos* (obra importantísima en el renacimiento de la conciencia colectiva cultural gallega) en estos términos: "las poesías gallegas que gustan y se aprenden... no son las que se alardean de hondas y cultas". Vemos el mismo proceso en Valera y Menéndez y Pelayo que no admitie-ron a Rosalía en sus antologías y colecciones. Otro ejemplo sería el discurso de Ta-mayo y Baus ante la Real Academia Española en 1887 donde Rosalía fue margina-da como poeta y en lo que representó para la cultura (13). Así la riña entre regiona-listas y centralistas formó parte de un debate mucho más ancho dentro de la nación, un debate sobre la identidad de las clases regentes minoritarias, la organización del estado y también, y quizás más importantemente, un debate divisivo en sus actitu-des frente al mundo y el papel humano dentro de este contexto. Por un lado una sociedad tradicional fundada sobre Altar y Trono, y apoyada por el poder econó-mico de una burguesía aspirante. Por el otro lado una fe en una inmanente bon-dad del hombre y su capacidad para crear una sociedad justa y próspera. El idea-lismo de los liberales y su amenaza al materialismo complacido de la burguesía alta también fue piedra de escándalo en el fin de siglo. Como Rosalía, "los modernos" se sintieron frustrados en la política (especialmente Unamuno, Baroja y Azorín) y tuvieron poca fe en que las instituciones restauradoras pudieran efectuar un cam-bio. De modo creciente reconocieron, como lo reconoció Rosalía, que vivían en un medio hostil y materialista. En 1892 observó Unamuno que "el sentimiento pri-

(12) Para un análisis más amplio ver mi libro citado en la nota 5 y los estudios de J.M. Martínez Cachero en *Archivum*, III (1953), pp. 161-165; IV (1954), pp. 368-384; V (1955), pp. 131-135 y C. Lozano, "Parodia y sátira en el modernismo", *Cuadernos americanos*, 141, n^o 4 (1965), pp. 180-200.

(13) Emilia Pardo Bazán, *Obras completas*, Madrid, 1957, III, p. 682; Juan Valera, *Obras completas*, Madrid, 1942, II, pp. 896 y 1225; el discurso de Tamayo se ve citado en C. Blanco Aguinaga y otros, *Historia social de la literatura española*, Madrid, 1979, II, p. 136. Ver también *Cinco poesías de Rosalía*, Real Academia Española, Madrid, 1900.

mordial del hombre es el dolor, la molestia, la sensación de obstáculo y estorbo, que experimenta su voluntad al chocar con el mundo" (O.C. [Madrid, 1966], IV, pp. 294-95); para Azorín el "rasgo distintivo" de su generación fue "el desinterés, la idealidad, la ambición y la lucha por algo elevado" (O.C. [Madrid, 1954-63], IX, p. 1138). El contraste del joven Juan R. Jiménez entre la evocación de una obra de arte ("esa dulcísima vida de ensueños") y la realidad tosca del mundo actual expresa claramente el mismo sentido que provocó los versos angustiados de *En las orillas del Sar*; y así escribió Jiménez: "la impenitencia de esa sociedad pecadora; la imposibilidad de sacarla del cieno en que está hundida (...) para hacerla entrar por la puerta blanca de la felicidad. (...) No, no podrá nunca templar su alma al unísono con el Ideal. La sociedad moderna es un gran organismo material; se traga a los seres; los digiere penosamente en su vientre ayudada por el jugo aurífero, y los arroja al exterior en excrementos nauseabundos... Ahí no puede existir parte alguna de idealismo" (*Vida Nueva*, 4-III-1900). Aun una lectura superficial de *Follas novas* y *En las orillas del Sar* revelaría una afinidad espiritual y emocional. Rebelándose contra el *statu quo*, impacientes con la política, desilusionados con la religión establecida, Rosalía y sus secuaces finiseculares descubrieron, debajo de todos los ideales del hombre y sus preocupaciones, la profunda convicción de la inutilidad de la existencia humana (14). El problema para todos, incluso para Rosalía, fue el hallar un ideal que dirigiera la vida y la satisficiera emocional e intelectualmente. Siguieron e investigaron muchas sendas de ideas-guía: el Arte y la Belleza, la protesta social, el sentirse uno con los que sufren, altruísmo, el amor, misticismo secular, la regeneración espiritual, las doctrinas krausistas, aun un posible retorno a la Iglesia. Son lugares comunes en la obra tardía de Rosalía como en la de "los modernos". Pero existe un ideal que si bien lo comparten en común se ha pasado por alto completamente en la crítica. Es este aspecto que propongo examinar brevemente aquí. El problema quedará para desarrollarse más extensamente en otro lugar.

He sugerido, como ha confirmado la tesis doctoral de Catherine Davies, que después de la Restauración de 1874 las aspiraciones políticas progresistas de la intelectualidad liberal se encontraron desacreditadas y en desorden. En Galicia la causa nacionalista se vió hendida por disenso con la inevitable desilusión de Rosalía; ella, no lo debemos olvidar, fue portavoz del renacimiento de la lengua y cultura ga-

(14) Compárese por ejemplo estos versos de *En las orillas del Sar* (a pesar del tono esproncediano) con las palabras de Unamuno y Martínez Sierra: "Desierto el mundo, despoblado el cielo, / enferma el alma y en el polvo hundido / el sacro altar en donde / se exhalaban fervientes mis suspiros, / en mil pedazos roto / mi Dios cayó al abismo, / y al buscarle anhelante, sólo encuentro / la soledad inmensa del vacío", decía Rosalía; en carta a Leopoldo Alas el día 9 de mayo de 1900 escribió Unamuno, "¡Ah!, ¡qué triste es después de una niñez y juventud de fe sencilla haberla perdido en vida ultraterrena, y buscar en nombre, fama y vanagloria un miserable remedo de ella!" (*Epistolario a Clarín*, Madrid, 1951, pp. 33-103); Gregorio Martínez Sierra también expresó las mismas dudas: "Dícese, y con razón, que la juventud, si no es frívola, es triste; yo creo que su frivolidad o tristeza son sencillamente desconcierto, por falta de finalidad (...). Antiguamente hablaba la Iglesia y daba la fórmula de vivir (...); hoy todo es silencio", *Alma Española*, 6-III-1904.

llegas que fue, a su turno, la plataforma de la política autonomista. Su obra tardía, *Follas novas* y *En las orillas del Sar* manifiestan a las claras su frustración y descontento. Le pareció que le quedaba muy poco para dar estructura y significado a su vida. Se dio una pauta semejante entre "los modernos". Ellos compartieron con ella una reacción idealista de aborrecimiento a la realidad; eran parecidos en sus preguntas sobre la finalidad última de la vida. Compartieron también la misma insatisfacción con los valores tradicionalmente aceptados, la incapacidad de sus dirigentes centralistas y la política restauradora. Queda, pues, un descontento profundo, pero no obstante sintieron estos escritores una necesidad de fe y entusiasmo. Pero ya no sirvieron los valores antiguos. Hacía falta buscar por otra parte (15).

De modo creciente en los últimos años del siglo diecinueve leemos comentarios como el del crítico Zeda (Francisco Fernández Villegas): "Aquí ya no hay entusiasmo, ni energía, ni patriotismo, ni nada". Para él, como para muchos en esta época, la verdadera España (no la inauténtica de la Restauración) se encontrará no en la superficie sino por debajo, en la gente sencilla: "El país no hay que buscarlo en la corteza de España, sino en el *subsuelo*. Para conocerlo es menester penetrar en los talleres, recorrer los campos, bajar a las minas, estudiar sus cualidades, sus aptitudes, sus creencias, penetrar, en fin, en lo más íntimo de su ser" (*Vida Nueva*, 4, 3-VII-1898) (16). Como ha comentado H. Ramsden en su excelente y seminal estudio del fenómeno, "poco a poco, durante los meses después de la derrota de Cavite, la cólera y la desesperanza de modo creciente cedieron a un énfasis sobre los escondidos y hasta ahora desatendidos méritos del maltratado pueblo español. Si quiere uno un porvenir nuevo y mejor es hacia él que debe uno volver la vista" (17). Por el año 1912, el año del artículo en el cual identificó Azorín su famosa "generación del '98", esta preocupación se ha hecho un lugar común, como Ramsden y yo mismo hemos manifestado.

Y no debemos olvidar que, un cuarto de siglo más temprano, se puede encontrar el mismo fenómeno en la obra rosaliana. Esta preocupación común nos anima a buscar una explicación. Frente a la disolución aparente de valores tradicionales y frustrados en sus pretensiones para intervenir políticamente, Rosalía tanto como "los modernos" se interesaron por el pueblo anónimo, por el paisaje y la cultura popular. Por los años sesenta aunque Galicia se encontró sin poder frente a la Corte

(15) Para un estudio analítico y extenso de esta cuestión en el fin de siglo ver H. Ramsden, *The 1898 Movement in Spain*, Manchester, University Press, 1974 y "The Spanish 'Generation of 1898'", *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, 56 (1973-1974), pp. 463-492, 57 (1974), pp. 167-195; D.L. Shaw, *The Generation of 1898 in Spain*, London - New York, 1975. Aquí reconozco mi deuda con los argumentos y el testimonio comentado en los análisis de Ramsden.

(16) Se puede comparar el interés de Unamuno en *En torno al casticismo* en "la vida de los millones de hombres sin historia" y de Ganivet en *Idearium español* en el pueblo anónimo español, "el archivo y depósito de los sentimientos inexplicables, profundos de un país". También recordamos la profunda simpatía por la gente sencilla en la obra de escritores como Juan Ramón, Antonio Machado, Pérez de Ayala y Azorín.

(17) *The 1898 Movement in Spain*, p. 112.

en términos de socio-política, la verdadera Galicia vive aún. Así como el desmoronamiento de la fe en los dirigentes minoritarios en el fin de siglo llevó a “los modernos” a hacer énfasis en el carácter inalterable del pueblo español, la fe desfalleciente de Rosalía también la guió por el tema de exaltación nacional y cultural a una búsqueda de lo permanente en el carácter y en las vidas del humilde pueblo gallego, en el medio físico que les formó, en su cultura (sus aldeas, sus edificios, su modo de vivir y costumbres, sus canciones y su folklore), en todo lo que a través de los años la naturaleza inalterable del pueblo se ha revelado. Esta “alma del pueblo”, una “roca viva” según Unamuno, les sirvió como un núcleo que resistiría el tiempo, un guía cuando otros ideales personales, sociales, políticos o religiosos se vieron como deficientes. Este nuevo ideal es, como ha señalado Ramsden, básicamente determinista. También ha señalado el mismo crítico la profunda influencia de Hippolyte Taine y remito al lector a sus estudios extensos (ver nota 15).

En su estudio, *The 1898 Movement in Spain*, el profesor Ramsden pone en tela de juicio las interpretaciones críticas de la generación del noventayocho y sugiere, a través de un fino análisis, que la preocupación por el problema de España, por muy fundamental y repetidamente que se hubiera manifestado entre los escritores del noventayocho, no se destaca como una característica distinta ni distintiva; igual ocurre con la noción de “desastre”. Lo que se resalta, arguye Ramsden, es un problema psicológico acompañado por el hallazgo de rasgos nacionales tan fundamentales como persistentes por medio de un análisis de condiciones físicas fundamentales y persistentes. Esta aproximación a la civilización, nota Ramsden, se asocia con el contexto intelectual del siglo XIX: una aproximación determinista que consiste en la aplicación a los hombres y sus instituciones de conceptos y métodos derivados del estudio de la historia natural. Destaca el crítico inglés el dominio en el contexto filosófico del siglo diecinueve de las ciencias biológicas y el determinismo, y concluye que aunque el conocimiento del evolucionismo y su metodología asociada llegó a España durante los años 1870 su mayor impacto se realizó por los años 1890. Y, en el centro del sistema determinista de Unamuno, Ganivet y los otros “modernos”, se encuentra el pueblo anónimo y humilde de España. Concluyeron estos escritores que se había destacado demasiado las grandes figuras históricas y los grandes sucesos en perjuicio de las vidas de gente común. En 1896 escribió Unamuno:

Es una de las concepciones más erróneas la de estimar como los más legítimos productos históricos las grandes nacionalidades, bajo un rey y una bandera. Debajo de esa historia de sucesos fugaces, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias. (...) Los cuatro bulliciosos que meten ruido en la historia de los sucesos no dejan oír el silencio de la historia de los hechos. (*O.C.*, I, p. 981).

“La sustancia del progreso, la verdadera tradición eterna”, escribió Unamuno un año antes en *En torno al casticismo*, no se encuentra “en libros, y papeles” sino en “la vida histórica, silenciosa y continua” de la gente común, “el pueblo que nos susten-

ta a todos" (*O.C.*, I, pp. 793, 869). Y fue este motivo lo que les guió a "los modernos" a ver al pueblo campesino y a las ciudades provinciales bajo una nueva luz. El campo y las antiguas ciudades ofrecieron una imagen de permanencia; "es la imagen vida de lo inalterable" comentó Unamuno en 1911 (I, p. 357). "En ella [la ciudad de Avila] canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna; en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad" (1909: I, p. 276). Destaca Ramsdem dos características más que se relacionan con la actitud determinista: la reacción contra la vida urbana y el descubrimiento del paisaje del norte de España que les reveló una nueva sensibilidad frente a la naturaleza; pero, y no debemos olvidarlo, estas características revelan la veta romántica en su pensamiento y psicología. En la huida al campo de la ciudad para evitar el tedio urbano y su desasosiego buscan no solamente un alivio sino también su propio ser. En 'Oasis' (título bien revelador) de 1904 Azorín logró combinar inconscientemente todos estos aspectos —la búsqueda por el yo propio, auto-proyección, búsqueda de un ideal—:

Yo he pasado muchas veces por la noche horas enteras mirando desde la calle por la ventana del taller de algún tornero, de algún encuadernador. Se nota en el interior la placidez y el trabajo. La luz confidencial de una lámpara alumbraba el rincón pacífico. La gente trabaja sin apresurarse.

Yo he creído muchas veces —quizá equivocadamente— que ahí dentro, en esos interiores tranquilos, debe refugiarse la dicha. Se me figuran esos talleres de artífices modestos oasis de paz, de serenidad, en medio de estos desiertos de egoísmo, de miseria moral, de abyección y de vileza. (*O.C.*, V, p. 34)

Es en esta actitud en donde, quizás, debemos buscar la atracción azoriniana por Rosalía de Castro. Es posible que la poetisa gallega hubiera expresado una actitud semejante y la halló entre sus contemporáneos. Así lo pensó Ventura Ruiz Aguilera en 1865 quien, treinta años antes que Unamuno, escribió esta sugerencia la cual, por cierto, leyó Rosalía antes de contestar a su "La gaita gallega":

El poeta que desee imprimir a sus obras carácter *nacional*, debe descender del pueblo al vulgo, asimilársele, identificarse hasta cierto punto con él, hacer un estudio serio y constante de su manera de sentir, de pensar y de expresarse.

También encontramos rasgos de la supuesta actitud "moderna" de Zeda, Unamuno y otros en otro amigo de Rosalía a quien, según la misma poetisa, ella debió tanto: escribió Antonio de Trueba en el prólogo a su *Libro de los cantares* (1852) estas palabras:

No busqueis en este libro erudición ni arte ... ¿Qué entiendo yo de griego ni de latín...? Habladme ... de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé ...

En los ensayos de Giner de los Ríos durante los años 1860 y 1870 encontramos afirmaciones parecidas, ya que se podría decir que, mucho más tempranamente que los años finiseculares, el respeto por el pueblo, una actitud anticentralista y una incipiente teoría intrahistórica se han hecho ya un tópico. Repitió estos temas Castelar cuando leyó *Follas novas* antes de publicarse en 1879 o 1880: en su prólogo se anti-

ció a muchas declaraciones de la gente nueva y especialmente de Unamuno. Aquí encontramos el mismo contraste entre la historia superficial y la interior (historia-intrahistoria); el mismo amor por los antiguos edificios de ciudades provincianas; la misma búsqueda por las vidas humildes del pueblo rural, sus costumbres y su modo de vivir; el mismo sentido y aproximación deterministas y el reconocimiento de la influencia del medio ambiente en la evolución del hombre y su cultura; el mismo amor subjetivista por la naturaleza y especialmente la naturaleza norteña. Y no es sorprendente que haya influido este prólogo en el joven Juan Ramón Jiménez tanto como las mismas *Follas novas* (ver nota 5). Escribió Castelar:

Cuentan más Historia de España las piedras mudas de la catedral de Toledo que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. (...) ... y por doquier, así en los dialectos de incomparable dulzura, como en las iglesias románicas de indecible severidad se siente aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna (...). (...) La sombra de sus (de Galicia) árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y centeno, las maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su municipio, el tañido de la campana que toca la oración de anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada en tales términos se imponen a sus sentidos, a sus sentimientos, a su conciencia, a toda su alma, a todo su ser, que arrancarle (al gallego) de allí le desarraigan como si fuera un árbol, (...). Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas separáis los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluís con su existencia. (...) Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía (...). Así tiene los caracteres de la poesía del Norte la vaguedad y la profundidad. La Naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. (Los elementos naturales de la región) dan a la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos que aquellos pueblos obligados por su latitud y por su clima a encerrarse dentro de sí mismos y relacionar los fenómenos del Universo con los efectos y las ideales del alma. (...) Y si examináis el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suabia, tan encarecida y alabada en Alemania por la fluidez de sus rimas, unida a la profundidad del sentimiento y de la idea.

Y en la creencia de que un escritor pueda reflejar la conciencia colectiva de su país o nación. Castelar se anticipó otra vez a "los modernos". Tanto Unamuno como Maeztu, Ortega o Azorín creyeron también que existen "hombres que representan una raza: la germánica, que construye mundos con ideas...: el genio francés, metódico y positivo, ...: el espíritu inglés, mezcla del germano y el latino" (Unamuno, 1887: IV, p. 115); "Toda la médula de Francia está en ellos: todo el genio latino, preciso y conciso..." (Azorín, *Alma Española*, 21-I-1904): "No hay duda de que los héroes de Turguénef y Dostoyevsky están concebidos para representar a Rusia, ni de que Tartarín es símbolo de Francia..." (Maeztu, 1935: *Obras* (Madrid, 1962), I, p. 110). En la misma obra de Rosalía encontramos muchas de estas características, las señaladas por Castelar durante su vida y las admiradas por Unamuno, Azorín, Machado y otros después de su muerte. Todo esto nos anima a una investigación más profunda.

Empiezo con el prólogo a *Cantares gallegos*. Como Unamuno y Ganivet, sugiere Rosalía que la cultura gallega en sus cantos puede entenderse en términos de psicología y de paisaje. A un lado características de temperamento: *naturalidade, fonda ternura, palabriñas mimosas e sentidas, sospiros e doces sorrisiñas, sentimento delicado e penetrante*; al otro, elementos naturales: *sol, ventos misteriosas d'os bosques, as auguas d'un río farto e grave, a vexetación que hermosea esta mosa privilexiada terra*. El canto gallego es producto de la cultura regional y del pueblo que está formada también por el medio. Declara Rosalía sin vacilar que se educó en la escuela “d'os nosos probes aldeans, guiada sólo por aqueles cantares, aquelas palabras cariñosas e aqueles xiros nunca olvidados que tan doçemente resoaron nos meus oídos desd'á cuna, e que foran recollidos pó-lo meu coraçon como harencia propia”. La veta determinista de su argumento es obvia. Más tarde, en su ataque contra las demás regiones que han menospreciado a Galicia propone Rosalía una interpretación claramente determinista. Como Azorín en *La ruta de don Quijote* (1905), Rosalía describe la Mancha en términos de una simbiosis entre clima y temperamento: “á extensa Mancha, dond'ó cor d'á palla seca prest'un tono cansado o paisaxe que rinde e entristece ó esprito, ...”. Galicia, y así su poesía (y la suya), es distinta por la sencilla razón de que es “competidora en clima e galanura c'os países máis encantadores d'a terra”. Notemos el vínculo entre paisaje y características esenciales. Es un tema comentado extensamente por Castelar en su prólogo a *Follas novas* como hemos visto. En sus poemas, afirmó Rosalía, había ejercido “o mayor coidado en reproducir ó verdadeiro esprito d'ó noso pobo”. Y cuando, al terminar su prólogo, Rosalía resalta su sentido de injusticia frente a la política centralista castellana y el menosprecio general frente a Galicia, un sentido que fue “o móvil principal que m'impeleu a publicar este libro”, se ve que Rosalía expresa el sentido de crisis después del fracaso de las esperanzas autónomas gallegas de los años 1850 y que los *Cantares* representan un tipo de reivindicación. Pero no es una reivindicación sobre bases ideológicas restauradoras sino más bien de una índole evolucionista, la misma que compartieron y desarrollaron “los modernos”. Ha señalado el profesor Ramsden que Hippolyte Taine —tanto como Unamuno, Ganivet y los otros “modernos” más tarde— se convirtió en “un médecin consultant” para diagnosticar los males de su país y su época empleando las estructuras intelectuales del evolucionismo. Quizás, más inconscientemente, Rosalía ensalzó su propia región y su pueblo, el alma de su país, para encontrar una psicología latente y de allí entenderla y explicar el núcleo central del carácter colectivo (ver Ramsden, cáp. II) para formular una respuesta contra la hegemonía centralista y para reivindicar a su país.

Cantares gallegos, entonces, representa una búsqueda de los valores psicológicos permanentes de una raza. Como Azorín, evoca Rosalía grupos individuales o individuos que son a la vez representaciones del carácter colectivo. Así en la glosa sobre una canción barquera tradicional (poema VI) celebra la realidad de la fiesta de Nuestra Señora de la Barca exactamente como otras costumbres fueron celebradas en las novelas de la época —Fernán Caballero, Alarcón, Pereda, etc.— Pero su descripción detallada de los vestidos particulares de cada pueblo y sus insistentes referen-

cias a sitios y a características gallegas vemos que son más bien indicaciones hacia un genio nacional y no un cuadro de costumbres. En el siguiente poema Rosalía revela este carácter colectivo en términos de una evocación idealista: una combinación de naturaleza apacible (reflejo del estado emocional de la misma Rosalía) y de una aldea llena de música popular, de juventud amorosa y de los ruidos de trabajadores humildes desempeñando sus faenas tradicionales. Sugiere por estas realidades físicas la continuidad eterna debajo del vivir diario. Y, reveladoramente, todo esto es visto a través de un viaje, un paseo por el campo por la autora misma. Estamos muy cerca de Azorín, de Unamuno y Machado. Al amanecer la autora ve, a través de los árboles típicamente gallegos, una blanca casita (evocando el lar y la familia, el centro nuclear de la vida campesina y los recuerdos infantiles: evocación romántica) y la vida aldeana en su aspecto más tradicional:

N'ela s'escoitan
doçes cantares,
n'ela garulan
mozos galantes
c'as rapaciñas
d'outros lugares.
Tod'é contento,
tod'é folgare,
mentras á pedra
bate que bate,
mole que mole
dalle que dalle;
cor lindo gusto
faille compases.

Y aquí, y al final, vemos la capa emocional sobre esta evocación del espíritu nacional gallego expresado en la descripción de las faenas y las costumbres típicas tradicionales; este núcleo eterno y resistente al mismo tiempo que evoca y trae contento personal:

Non hay sitiño
que máis m'agrade
qu'aquel muíño
d'os castañares,
dond'hay meniñas
dond'hay rapaces
que ricamente
saben loitare.
Donde rechinan
hasta cansarse
mozos y vellos,
nenos e grandes.

Nos hace pensar en Azorín, Unamuno, Machado, Pérez de Ayala, aún Jiménez. En otro poema contrasta Rosalía el fluir del tiempo (“Corre ó vento, ó río pasa, / corren nubes ...”) con la inmovilidad, la permanencia eterna de “miña casa, meu abri-

go" por la cual "Eu me quedo contemprando / as laradas d'ás casiñas / por quen vivo sospirando" ('Campanas de Bastabales', V). En 'Adiós ríos, adiós fontes' (XV) la evocación de una realidad física ("terra dond m'eu criei", "Prados, ríos, arboredas", "casiña do meu contento") es, en efecto, un lamento por la pérdida de lo que representan, el núcleo anhelado revelado por medio de estas realidades físicas, a la par que es un poema de protesta social frente a la creciente emigración de los campesinos gallegos. Vemos la misma lamentación por un centro emocional perdido en el poema XXXII especialmente por medio de la descripción del pazo de Arretén. En otros poemas aparecen individuos humildes como indicadores del carácter colectivo. Así como para Unamuno y Azorín el campesino en armonía con el paisaje y su trabajo encarna el espíritu colectivo, también Rosalía pudo evocar individuos semejantes tal como esta lavandera:

Franca, pura, sin enganoso,
canta, canta, garruleira,
ó pé da verde silveira
laband'os seus blancos panos. (XVIII, II).

También el carácter colectivo se revela en la música gallega (XVII), en el distinto y peculiar paisaje gallego (XXIII) o en el doblar de las campanas de Bastabales que simbolizaron para Rosalía no el inexorable fluir del tiempo sino, al revés, algo eterno, algo que revela, a través del tiempo, el carácter perdurable de Galicia y una tradición eterna:

Elas fóno as que tocaron
cand'os meus alí naceron;
elas fóno as que choraron,
elas fóno as que dobraron
cand'os meus avós morreron.

Elas fóno as qu'alegríñas
me chamaban mainamente
nas douradas mañanciñas
de mi máa c'as cantiguiñas
y os biquiños xuntamente.

No importa el discurrir del tiempo ni la muerte; es como el sentido intrahistórico evocado por medio de las campanas en *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno o semejantes evocaciones de Azorín, Machado y Juan Ramón, algo que se arraiga más allá de los siglos y que vive y vivirá aún. Representan estas campanas la permanencia anhelada por Rosalía y sus secuaces. Así en sus cuadros de costumbres populares, bailes, aldeas y puertos, paisaje y la gente humilde dan expresión al alma gallega esencial y resistente al tiempo. Como Unamuno, Ganivet y otros, propone Rosalía encontrar rasgos nacionales por medio de su presentación tanto de características físicas de índole fundamental y perdurable como en varias esferas de actividad nacional cultural y doméstica. La lengua gallega, también producto de las mismas fuerzas evolutivas, da la mayor expresión a esta estructura subyacente y aún mayor en versos de

tipo tradicional. La cultura y el paisaje gallegos, pues, son invocados para confirmar un carácter esencialmente gallego. Encontramos el mismo proceso en la próxima generación.

No sabemos si Rosalía leyó directamente a los escritores deterministas del siglo diecinueve: Darwin, Taine, Spencer y otros (18). Sí sabemos que su influencia fue poderosa en el fin de siglo. Rosalía se educó en el círculo idealista de Santiago y conoció a Faraldo. Fue él quien ensalzó las teorías de un corte predarwinista. Los poetas de la época, Aguirre y Pondal, concibieron el papel del poeta como una fuerza inspiradora para efectuar una regeneración nacional: "para que así la voz tuviese eco (...) alma la patria" (19). Creyó Murguía que la conciencia colectiva gallega sólo podría expresarse en lengua gallega (20) y, en el prólogo a su *Historia de Galicia*, presentó una aproximación evolucionista del hombre, especialmente el hombre sencillo campestre, como conservador de la tradición y propulsor de la historia. En efecto, puede ser que fuera de aquí de donde tomó Rosalía las ideas deterministas de Taine porque largas secciones de la *Historia* manifiestan su influencia como la de Thierry. El primer volumen, con su tentativa para establecer un eslabón psicológico y determinista entre las razas del norte de Europa (los suevos) y los gallegos para explicar su carácter, nos recuerda a Taine. Catherine Davis ha comentado que Murguía "anticipó una noción de 'intra-historia' puesto que supuso que la historia de Galicia sería la del pueblo común y no sus 'caudillos'" (21). No quiero sugerir que la actitud de Rosalía fuera tan desarrollada y tan claramente entendida o expuesta como el tema de la causalidad determinista en escritores como Unamuno, Ganivet o Azorín. Sí quiero sugerir, sin embargo, que su punto de vista se vió formado por la creciente influencia de las ciencias deterministas aun antes de que el impacto poderoso se notara en las actitudes intelectuales finiseculares.

(18) La biblioteca personal de Manuel Murguía queda hoy incompleta. Entre lo que pudo salvar don Juan Naya, Bibliotecario de la Real Academia Gallega, cuentan los siguientes títulos de interés para la presente discusión: Hippolyte Taine, *Philosophie de l'art* (1865) y *Origines de la France contemporaine* (1876-1893) en sus primeras ediciones; Herbert Spencer, *El individuo contra el estado*, Sevilla, 1885, traducción de Ciro García Mazo. Quisiera agradecer a don Juan Naya y al Profesor Darío Villanueva el haberme proporcionado estos datos.

(19) M. Murguía, *Los precursores*, La Coruña, 1885, p. 139.

(20) M. Murguía, "Literatura. De las diversas cosas que han influido de una manera desfavorable en el desarrollo de nuestra literatura provincial", *La Iberia*, 24-XII-1856.

(21) C. Davies, *Rosalía de Castro and her Work...*, p. 203. Como "los modernos" más tarde, Murguía reconoció la importancia de la tradición oral. No fue el testimonio escrito el único medio para demostrar la inteligencia y la sensibilidad poética de un pueblo: "Hay otros (...). Los cantares, las leyendas, los cuentos, los apólogos y refranes (...) nos presentan el completo cuadro de una civilización que no ha tenido más medios de manifestación que los eminentes populares", *Historia de Galicia* (1ª ed. 1865-1891), cito de la 2ª ed., La Coruña, 1901, I, pp. xxxii y 251. El historiador, según Murguía, debe "presentar, pues, en su pintoresca variedad los diferentes sucesos que constituyen la historia de los pueblos, darnos a conocer sus costumbres y relaciones sociales", *Historia*, p. xxviii. También se vió Rosalía bajo la misma influencia determinista cuando dice que su deseo en *Cantares gallegos* fue el "dar a conocer cómo algunhas das nosas poéticas costumes inda conservan certa frescura patriarcal e primitiva" (Prólogo a *Cantares gallegos*).

Termino este breve examen con el poema "Los robles", quizás el más conmovedor de *En las orillas del Sar*. Notemos de paso que en el prólogo que escribió Murguía en 1909 Rosalía fue descrita como la "verdadera reveladora del alma de su país". El poema demuestra la reacción de la poetisa a la tala de los grandes bosques de robles gallegos por los capitalistas castellanos. Pero el poema es más que una expresión de indignación frente a una explotación materialista y centralista, porque los robles representan claramente un símbolo de esperanzas, creencias e ilusiones de mucho tiempo. Pero existe otra capa de sentido en la cual notamos la vinculación con "los modernos". Exactamente como la encina fue el elemento esencial del paisaje castellano para Machado y Unamuno (22), de la misma manera la "sacra encina" (nótese esta "sacra") es asociada con las antiguas razas celtas y el paisaje esencial de Galicia. Pero el poema empieza con un motivo que opera en tres niveles: real, primer nivel evocado y segundo nivel evocado. El real es el hogar campesino de los antiguos tiempos; el segundo es la transferencia de los sentimientos de la poetisa sobre esta realidad con el resultado de que el hogar adquiere estas resonancias emotivas. La descripción del niño y el viejo calentándose, la madre arrullando al infante y la anciana con su huso es evocado en términos de una nostalgia para tiempos más felices y sosegados, y es una evocación de raíz romántica. Pero al escribir "santos recuerdos", "campos hermosos", "amor del hogar", "contentos", si bien es una continuación de las resonancias emotivas del segundo nivel, estas palabras señalan también el nivel más profundo, la tradición eterna representada por esta familia pobre sentada alrededor de su hogar en su humilde choza. Encontramos evocaciones semejantes en casi todos los escritores finiseculares: en Ganivet, Unamuno, Pérez de Ayala, Baroja, Azorín, Valle-Inclán, aún Juan Ramón Jiménez (23). En los bosques mismos (paisaje) el alma del gallego se despierta a "las glorias queridas" (valores e ideales eternos).

Como "los modernos" (y especialmente Machado y Azorín), Rosalía sale en busca de la identidad perdurable de Galicia formada por el medio físico y especialmente por el roble milenario. De aquí su lamentación por la pérdida de estas señales del carácter eterno (24) de su nación: "Torna, noble, árbol patrio, a dar sombra / cariñosa a la escueta montaña / donde un tiempo la gaita guerrera / alentó de los nuestros las almas, / (...)". Aquí anhela no sólo un consuelo emocional y espiritual sino también raíces y núcleo. De semejante índole son las evocaciones del pasado guerre-

(22) Véanse, por ejemplo: "El campo mismo se hizo / árbol en ti parda encina. / Ya bajo el sol que calcina, / ya contra el hielo invernizo, / ... / siempre igual, / impasible, casta y buena, / ¡oh, tú, robusta y serena, / eterna encina rural", A. Machado, "Las encinas", *Campos de Castilla* (1912); para Unamuno la encina fue "un árbol férreo", "perenne" como "el follaje de estos viejos monumentos salmantinos", (1911) *O.C.*, I, p. 360.

(23) Este aspecto se ha investigado en L. Litvak, *A Dream of Arcadia: Anti-Industrialism in Spanish Literature 1895-1905*, Austin, Texas University Press, 1975. El tema del hogar y la reacción frente a la ciudad se ha estudiado en mi artículo, "Juan Ramón Jiménez y una página verdaderamente dolorosa", *El Ciervo*, año XXX, núm. 364 (1981), pp. 22-23.

(24) Este aspecto se subraya en la adjetivación del poema y el continuo énfasis sobre lo eterno: *eterno, duro y altivo, añoso, antiguo, inmortal, secular, vetusta*. También se nota la repetición del adverbio *siempre*.

ro místico, los centros de “lo pasado culto” (tradiciones culturales) y “lugares santos” (sitios de identidad nacional y de la conciencia colectiva), y las descripciones de aldeas y lavanderas, paisaje y costumbres. Al final del poema espera que su país “resucite a la vida que ha perdido”, una vida destruída para ella por el poder central y las clases minoritarias regentes. Por el hecho de que ella trata de encontrar “una vida” en su región predilecta, en la vida silenciosa del paisaje anteriormente cubierto de bosque espeso, en el pueblo, en las costumbres y cantos gallegos se acerca a “los modernos” y, claro, es precursora de la búsqueda de algo nuclear y eterno, algo que Unamuno describía en estos términos en *En torno al casticismo*:

En este mundo de los silencios, en este fondo del mar, debajo de la historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado, muerto para siempre y enterrado en cosas muertas. En el fondo del presente hay que buscar la tradición eterna, en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten, revertiendo sus aguas al mar (25).

Es en esta pauta donde encontraremos la afinidad espiritual entre Rosalía y “los modernos”, y en la expresión del “alma” de su raza y país su expresión más permanente y lograda. En su sensibilidad frente a la naturaleza, y especialmente una naturaleza de índole norteña, encontramos la otra gran herencia que compartieron “los modernos”. Por todo eso, y no por coincidencias adventicias, podemos identificar la verdadera afinidad entre Rosalía y sus más allegados simpatizantes.

(25) Véase también esta afirmación unamuniana: “Repítese hoy aquí mucho que no en el suelo, sino en el subsuelo de España está su mayor riqueza. Y así sucede con la raza; no en el suelo de su alma, único casi hasta hoy se ha cultivado, y con arado romano, sino en el subsuelo, en sus entrañas espirituales, está su mayor riqueza”, (1900), VII, p. 419.